

Decía Julián Marías que los españoles creemos automáticamente, a pies juntillas, todo lo que pueda desalentarnos. Tal vez por eso, el temor al cambio climático haya calado tan hondo en la conciencia nacional. Sin embargo, el fenómeno debería ser tratado con la proximidad que corresponde a una constatación científica, pero a distancia de cualquier posición apocalíptica. Yo diría que lo correcto es hacerlo con el optimismo que corresponde a una especie que, como la nuestra, ha superado retos culturales y tecnológicos de tamaño monumental. Pero con la certeza de que el único exorcismo es la acción.

Podría estar apuntando uno de los corolarios del seminario internacional *Clima y humanos* que se celebró en Murcia entre el 23 y el 25 del pasado mes de octubre y que tuve el placer de coordinar bajo los auspicios financiadores de la Fundación Séneca (Agencia Regional de Ciencia y Tecnología) y por sugerencia, en mi opinión visionaria, de su director, Antonio González Verde. En muchos sentidos, fue todo un lujo disponer en formato cerrado de un panel de expertos de primerísimo nivel con una cobertura mediática nacional e internacional, incluyendo este periódico, *El Mundo*, la BBC, diversas televisiones y National Geographic.

El clima y el hombre siempre han tenido una relación intensa. Existe, por ejemplo, un nexo causal entre la evolución humana y tecnológica en África y los cambios climáticos de los últimos tres millones de años. En particular, la diversificación de los *australopithecinos* se relaciona con un cambio que tiene lugar hace 2,8 millones de años, la aparición de *homo erectus-ergaster* con otro fechado en 1,7 y la expansión de *homo erectus* hacia Eurasia en torno a un millón de años. Queda claro también que algunas especies se han extinguido en un contexto de gran variabilidad climática, como es el caso del *neandertal* hace unos 24.000 años.

El seminario proporcionó también nuevas evidencias de colapso

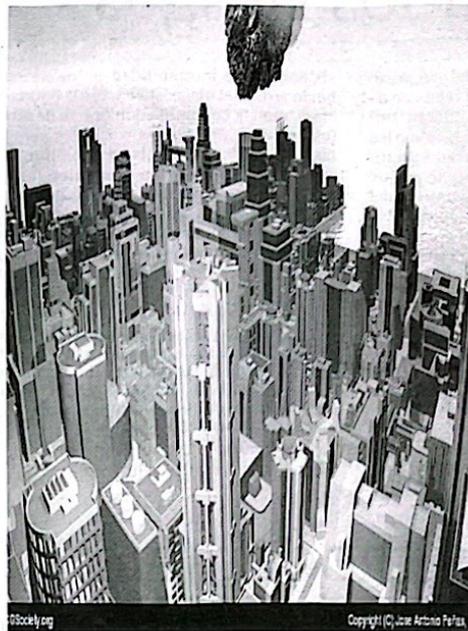
Cambio climático, humanos y culturas

JOSÉ S. CARRIÓN

cultural bajo escenarios de cambio ambiental. Existen elementos en común para la desaparición de la cultura maya, de las sociedades agrícolas de la Isla de Pascua, de los indios Anasazi en Norteamérica o de la cultura del Argar en el suroeste español. Siempre hay situaciones de explosión demográfica en un contexto ecológico no sostenible y bajo economías excedentarias.

Hoy se apuntan evidencias en abundancia de que el clima está moviendo ficha con cierta celeridad. En el año 1750, las composiciones atmosféricas de dióxido de carbono, metano y óxido nítrico eran de 280, 0,7 y 0,27 partes por millón, respectivamente. En la actualidad, éstas ascienden a 370, 1,75 y 0,32 por el mismo orden. La temperatura media global ha aumentado en torno a 0,6 °C durante el siglo XX, llevando aparejado un aumento notorio de los episodios de frío y calor extremo, disminución pluviométrica en la cuenca mediterránea, aumento de sequías, huracanes de alta energía y aumento del nivel del mar entre 10 y 25 cm, entre otros indicadores. Estamos perdiendo bosques tropicales, praderas submarinas, manglares y superficie de marismas. La crisis biótica a la que estamos asistiendo incluye también altas tasas de extinción, la proliferación de especies oportunistas y sin duda, el declive del poder de refugio de los trópicos y las plataformas marinas, los cuales han sido los ingenieros de la biodiversidad durante al menos los últimos 250 millones de años.

¿Qué hacer, pues? Desde una perspectiva ecológica, quizá la mejor estrategia sería orientar la



© iStockphoto.com

Copyright (C) Jose Antonio Peña, submitted 17 July 2008

gestión hacia la salvaguardia de los ecosistemas, los cuales representan el principal potencial para la generación de biodiversidad. Justo lo contrario de lo que hacen hoy día casi todos los programas de conservación: dirigirse maníaticamente hacia el endemismo. Desde una perspectiva social, es preciso un cambio en los estilos de vida individual pero éste no puede imponerse fácilmente desde arriba y hay que tener cuidado con que los men-

sajes de sanción no acaben por ser identificados como procesos de exclusión social.

Obsesionados con la estabilidad, la permanencia y el control, y amordazados así por las compañías de seguro, nos hemos olvidado de que nuestro mayor aval es la capacidad que hemos demostrado históricamente para adaptarnos al cambio climático. Necesitamos, pues, construir capacidad adaptativa y eso sólo se podrá hacer con educación, inves-

tigación y, sobre todo, una nueva moral que reemplace el fracasado sistema de la economía de mercado y genere dinámicas hombre-medio capaces de modificarse con los cambios sin menoscabo irreversible de los recursos comunes. Eventualmente, no hay más remedio que apuntarse al uso de las energías renovables, a las políticas de ahorro y eficiencia energética.

Y utilicemos el escepticismo sólo en su justa medida. Esto no es un complot de ecologistas y políticos de segunda fila por hacerse con el poder. De acuerdo con que el clima es un fenómeno complejo y hay que investigar todavía más cuál es la importancia relativa de los motores del cambio climático y sobre el comportamiento de muchas especies. Hay preguntas sin respuesta. Pero la duda como *modus vivendi* puede ser, en este caso, nefasta. Claro está que dudar de todo es muy cómodo: nos ahorra el esfuerzo de la reflexión.

Resulta irónico que, habiendo sobrevivido a cambios climáticos tan brutales durante los últimos 20.000 años con útiles tan rudimentarios, nos encontremos en la era de la revolución tecnológica, ante el mayor atoladero existencial de nuestra aventura en el planeta. Dotados de un potencial científico sin precedentes, con información adecuada para mitigar desastres que arruinarán fortunas y biografías y podrían provocar el primer colapso global de la historia... Y, sin embargo, constreñidos por un sistema geopolítico que se muestra incapaz de salir del *impasse* asociado al beneficio pecuniario inmediato. Y quedarnos sentados a ver lo que ocurre será una mala estrategia. El problema del cambio global no es un problema de escasez de recursos, sino de despilfarro compulsivo, una demostración más de nuestra indiferencia moral hacia la propia especie.

José S. Carrión es catedrático de Botánica en la Facultad de Biología de la Universidad de Murcia.



ESCENAS COTIDIANAS

Ahuyentar la fe

He de decir, ante todo, que me creo especialmente respetuoso con las instituciones que me gobiernan, incluidas las religiosas, a pesar de que me sienta poco vinculado a éstas. Y si me permito comentar y discutir alguna de sus actitudes es por expresar el sentir de las minorías. Eso me hace escribir en este medio, y valarme del talante abierto de sus rectores. Los acontecimientos de este final de año y principio de uno nuevo me mueven a reflexionar sobre el papel de la Iglesia en el futuro de éste mi país que es España.

Es evidente que la iglesia católica está enojada. No diré que eternamente enojada, pues una de sus oraciones («Perdona a tu pueblo, Señor») pide que no se sienta de esa manera con los pobres pecadores. Digamos, mejor, que (buena) parte de la Iglesia Católica está molesta con la sociedad en la que vive. Y subrayo que es parte de la iglesia, porque no creo que todos sus miembros piensen igual, a pesar de tratarse de una institución poco o nada

democrática. De hecho, sé a pie juntillas que el apoyo a las palabras de sus autoridades no es mayoritario.

¿Por qué está molesta la iglesia? Según ella, porque España se resquebraja en pedacitos, porque la democracia (¿) está a punto de irse a la porra, y porque la familia (de seguir así) está a un paso de volver a la promiscuidad de las cavernas. Catastrofismo puro. Y sensación de que o estás con ella o contra ella. Y como muchos, muchísimos españoles, están con ella (recordemos que vivimos en «la católica España», en palabras de un célebre Papa, buen amigo de la dictadura del Generalísimo), la consigna parece evidente: hay que luchar contra los rojos que pueden llevarnos a las catacumbas del 36, contra quienes han institucionalizado los matrimonios homosexuales, contra quienes quitan la religión de las asignaturas de la enseñanza, contra los malos, en una palabra.

Pero si todo eso fuera así, si la España que gobierna estuviera enfrentada a la espiritualidad de

la religión, si el caos social se hubiera adueñado de este país de nuestros pecados, ¿cómo es posible que haya más manifestaciones religiosas que nunca, más procesiones que nunca (estemos o no en Semana Santa), más misas mayores que nunca, más rehabilitaciones de iglesias que nunca, más santos o beatos que nunca, más universidades católicas que nunca...? La verdad es que yo no veo persecución alguna de esas que dicen algunos obispos, ni prohibiciones a manifestaciones claramente partidistas, ni veo cárceles llenas de mártires por la fe. Más bien diría lo contrario. Que no sé cómo un país laico que dice su Constitución dispensa tan-

«Cada vez abundan más los mítines religioso-político, y no me refiero sólo a los de la plaza Colón, sino a los que se oyen en las homilias de nuestras grandes iglesias»

CÉSAR OLIVA



tas prebendas a obispos, arzobispos y similares.

¡Qué pena! ¡Qué sensación de impotencia de quienes ni somos incendiarios ni creemos en las admoniciones de ese clero! Muchos de los que nos criamos en la ortodoxia judeocristiana, y no renunciamos a ella, hace mucho tiempo que nos ahuyentaron de la fe, de esa fe que cree que el Cielo es «una kermés sin obscenidades, a donde, con permiso del párroco, pueden asistir las Hijas de María». Al paso que vamos, esas palabras escritas hace casi un siglo, y puestas en boca de Max Estrella, tienen visos de seguir estando vigentes en pleno siglo XXI. No lejos de esos conceptos se mueven los nuevos representantes de quienes creen tener la verdad absoluta, que son los que convocan a tales concentraciones. Me niego a pensar que ésa sea la verdad absoluta, y los demás, descarriados que vamos camino de «un calderón de aceite alando donde los pecadores se achicharran como boquerones», o sea, el infierno.

Es posible que la Iglesia haya

echado sus cuentas y piense que de esa manera, además de reforzar el sentido cristiano de la familia, mueva los siempre quebradizos pilares de los políticos que han llevado a cabo una serie de medidas, discutibles como todo en este mundo, pero de claro apoyo a ciudadanos (hasta hoy) marginales. Pero también debe pensar que hay una minoría a la que le gustaría escuchar sermones hacia la inteligencia, no hacia la ignorancia; palabras hacia la razón, y no hacia la mala idea; buenas intenciones, en suma, de esas que hablan las sagradas escrituras. En vez de eso, cada vez abundan más los mítines religioso-político, y no me refiero sólo a los de la plaza Colón, sino a los que se oyen en las homilias de nuestras grandes iglesias. Menos mal que siempre hay un cura, o un fraile, que llenos de sabia prudencia no hablan de más constitución que la de su sagrado ejercicio. Y no son, para terminar de nuevo con Valle-Inclán, como ese sacristán que pretende cobrar una fortuna a doña Terita por los gastos del entierro de su marido. Tanto, que le llevan a decir a la pobre viuda:

«¡Con estos precios ahuyentáis la fe!»